

visitador. Pasaba como de incógnito, por cuya razón, tal vez, le llamaron *el Tapado*. La Audiencia siguió sus pasos, le mandó aprehender, y averiguada su impostura, le condenó á muerte.

LECCION DUODECIMA

D. Melchor Porto Carrero Lazo de la Vega, Conde de Monclova, 28° Virey (Noviembre 30 de 1686).—D. Gaspar de la Cerda Sandoval Silva y Mendoza, conde de Galve, 29° virey (Setiembre 17 de 1688).—D. Juan Ortega Montañez, Obispo de Michoacán, 30° virey (27 de Febrero de 1696).—D. José Sarmiento y Valladares, conde de Moctezuma y de Tula, 31° virey (Diciembre 18 de 1696).

Llamábase el virey Porto Carrero *brazo de plata*, á causa de tener sustituido con este metal el brazo derecho, que perdió en una batalla.

Desde Veracruz despachó dos buques á que averiguasen si los franceses habian establecido en el Seno Mexicano alguna colonia.

Posesionado del mando redujo á su obediencia las provincias de Coahuila, estableció un presidio y fundó una colonia, que despues ha conservado, convertida en pueblo, el nombre de Monclova.

En México mandó continuar la obra del desagüe, bajo la dirección del Padre Cabrera insigne matemático.

Al advenimiento del conde de Galve, sucesor del de Monclova, se encontró con nuevas noticias sobre el establecimiento de una colonia francesa. Expedicionando la autoridad de Coahuila por la laguna de San Bernardo, se encontró con un fuerte comenzado á construir, y muchos cadáveres de franceses que habian perecido á manos de los indios.

En 1689 se verificó el levantamiento de los tarahumares, quienes sacrificaron muchos prisioneros, no lográndose la pacificación sino por influjo de los Padres que salvaron de sus iniquidades.

En consecuencia de estos sucesos se estableció un presidio

en la laguna de San Bernardo, y se envió una expedición á la isla Española de que se habian posesionado los franceses.

La expedición salió de México, y se cubrió de gloria en una batalla campal dada á los franceses, en que perecieron más de treinta oficiales y trescientos filibusteros, quedando los españoles dueños de toda la parte setentrional de la isla.

En 1691 fué sometida la provincia de Tejas, fundándose poco despues el presidio de Panzacola.

En México, sensible el hambre á consecuencia de la pérdida de las cosechas, tomáronse inutilmente varias providencias procurándose avastos y la taza del precio del maíz. El 8 de Junio de 1692 se amotinó la plebe prendiendo fuego á las casas de Cabildo y á las tiendas que habia en la plaza.

Al ver ardiendo las casas de Cabildo que contenian nuestros preciosos archivos, el eminente literato D. Carlos de Sigüenza y Góngora, acompañado de varios caballeros, se arrojó al lugar de las llamas, y corriendo peligro inminente, logró extraer de entre el fuego preciosos documentos históricos, no sin tener el sentimiento de ver parte de los archivos devorados por las llamas.

El conde de Galve, acobardado por los exesos de la plebe, se refugió al convento de San Francisco.

Al siguiente dia se hicieron prolijas averiguaciones sobre lo acontecido, y fueron ajusticiados inmediatamente ocho individuos que aparecieron como promovedores del motín, condenándose á otros muchos á la pena de azotes. A los indios se les mandaron quitar las melenas que usaban; y se les prohibió el uso del pulque. Se calcula que las pérdidas habidas por el incendio ascendieron á tres millones de pesos.

En 1694 se repitió la carestía de granos, y entonces se presentó acompañada de una terrible epidemia.

En 1695 españoles é ingleses expedicionaron contra los franceses de la isla Española, destruyendo los fuertes que habian levantado y quitándoles 81 cañones.

En 94 murió la célebre poetiza Sor Juana Inés de la Cruz, monja de San Gerónimo, de clarísimo talento y vasta erudición. Sus contemporáneos le dieron el nombre de *Décima Musa*.

El conde de Galve, al volver á España, recibió testimonio de consideración, calificándose su gobierno de un modo favorable, por la justificación y prudencia que le caracterizó.

D. Juan Ortega y Montañez, Obispo de Michoacán, tomó las riendas del gobierno.

El Sr. Montañez duró esta primera época, porque tuvo dos, ejerciendo el poder once meses.

En su tiempo estuvo cruzando el mar de las Antillas una escuadra francesa, llenando de sobresalto á México, donde se tocaban frecuentes rogativas para conjurar el peligro.

Durante el Gobierno del Sr. Montañez hicieron los padres Jesuitas su propuesta de la reducción de California.

D. José Sarmiento y Valladares, conde de Moctezuma, sucesor de Montañez, era descendiente de los antiguos reyes mexicanos.

En los primeros días de su gobierno hubo gran feria en Acapulco, á la que acudieron comerciantes hasta del Perú: en México quiso amotinarse la plebe por la carestía del maíz, pero fué sin consecuencia el conato de levantamiento, por las providencias eficaces que tomó el virey. Llevóse adelante la expedición de los jesuitas á las Californias, quienes sólo se hicieron acompañar de una ligera escolta, y se instalaron en aquellas regiones, de que se posesionaron en nombre de Carlos II, dedicándose á la conversión de los infieles, hasta que fueron extraídos de los reinos españoles.

La carestía de los azogues se hizo sensible en tiempo de este virey, llegando á valer 300 pesos el quintal.

En 20 de Octubre de 1697 vomitó fuego el Popocatepetl.

Celebróse en 1698, con gran pompa, la paz, firmada entre España, Francia, Inglaterra y Holanda, mejorando con esto la administración del vireinato.

En 1700 falleció el eminente literato Don Carlos Sigüenza y Góngora, de quien hizo una erudita biografía el Sr. D. Ramón Alcaraz.

En 1701 se publicaron los lutos por la muerte de Carlos II, terminando con este monarca el dominio de la casa de Austria, y se juró rey á Felipe V, primero de la casa de Borbón, volviéndose á la corte el conde de Moctezuma.

LECCION DECIMATERCERA

Resúmen.—Consideraciones sobre el Gobierno de la Casa de Austria.

La época que hemos recorrido de la dominación española, abraza desde el advenimiento al trono de Carlos I de España, V de Alemania, conocido en la historia con el nombre de Carlos V, hasta la muerte de Carlos II el Hechizado y gobierno de la casa de Borbón, es decir, un período de ciento noventa y siete años.

Aunque se describe como muy gloriosa la época de Carlos V, por la extensión de los dominios del potente monarca, por las victorias espléndidas en sus armas y por la grandeza deslumbradora de su Corte, realmente fué una época llena de inquietud y turbulencia para España, en que corrió á torrentes la sangre de sus hijos en defensa de sus libertades y en guerras sin cuento.

En 1521 perecieron en Villalar los fueros que tan justamente reclamaban las comunidades acaudilladas por el heróico Juan de Padilla.

Las expediciones á los Estados berberiscos, á Túnez, á Gante y á Argel, fueron otros tantos motivos de sacrificios inmensos para el pueblo español, que vió trasformarse á su monarca en monje de Yuste y trocar la brillante púrpura de su manto por el sayal de la penitencia.

Asciende al trono Felipe II, á quien llama la Historia el Prudente, y yo apellidaria el Pérfido ó el Inquisidor.

Apénas comienza, cuando se caracteriza su reinado con las expediciones y conquistas de Africa; levántanse furiosos los moriscos, y el esforzado bastardo D. Juan de Austria los vence y apacigua.

Ilustra el reinado de Felipe II la magnífica batalla de Lepanto, en que combatió como bueno el autor del Quijote, inmortal

talizada por la lira sublime de Herrera, y que dió por resultado quedar destruido para siempre el poder marítimo de los turcos y tranquila la cristiandad respecto de nuevas invasiones.

A consecuencia de las querellas entre Antonio Pérez y Felipe II, perecieron los fueros de Aragon y se alzó Felipe II con el poder absoluto.

El nombre de Felipe II se ha hecho indivisible del de la inquisición y la dominación hipócrita y tiránica.

Felipe II murió y fué enterrado en el Escorial, despues de 42 años de reinado.

Márcase en la época de Felipe III, hijo de Doña Ana de Austria, la decadencia de la monarquía española; á la vez que se agotaron sus recursos y se diezmo su población, invadieron sus mares holandeses, ingleses, turcos y berberiscos.

Débil el monarca y sin iniciación de ningun género, descargó el gobierno en sus favoritos, el duque de Lerma y Don Rodrigo Calderón, cortesanos más ó ménos diestros; pero el primero de mediana capacidad, y el segundo además ambicioso y cruel.

Como raros acontecimientos prósperos, se cuentan en ese reinado el triunfo de Ostende que dejó libre el tráfico entre la América y el Asia, y las paces con la Inglaterra.

No podemos aplaudir, como lo hacen algunos historiadores, la expulsión de los moriscos, que creemos bárbara y perjudicial á los intereses de España.

Al débil é inepto monarca de que nos acabamos de ocupar, sucedió Felipe IV, más incapaz todavía para el gobierno, sin paliar sus defectos como hombre de Estado ni aún su amor á las bellas letras.

Fué ministro y favorito de Felipe IV el Conde Duque de Olivares, quien fatuo, presumido y ambicioso, más que hombre de talento, dizque se propuso engrandecer la monarquía.

Organizó los famosos tercios españoles y declaró la guerra á Alemania, Holanda, Italia, Francia é Inglaterra.

Aunque alcanzaron algunas victorias las armas españolas, Felipe IV, en el tratado de Munster, tuvo que confirmar la independencia de las provincias unidas, abandonando todas sus conquistas.

La Francia, en virtud de las hábiles combinaciones de Richelieu, se interpuso entre la Italia y la España.

En los Países Bajos estalla la insurrección, que no termina sino con el tratado de los Pirineos.

Los catalanes se sublevan, y despues de una sangrienta lucha de once años, arrancan á los altivos caudillos, marqués de Montara y D. Juan de Austria, sus antiguos fueros y privilegios.

En Portugal se proclama rey á D. Juan IV y se verifica su independencia de la monarquía castellana.

En nada mejoró aquella situación la caída del Conde Duque de Olivares, ni el advenimiento del gobierno de D. Juan de Haro, más capaz, patriota y prudente.

En Flandes sufren una derrota terrible los españoles en la batalla de Rocroy.

Para no divagarnos, copiamos en seguida el juicio sobre el reinado de Felipe IV, tomándolo de un eminente historiador español:

«El reinado de Felipe IV, llamado el grande, sin que se sepa por qué, ha sido uno de los más desgraciados de nuestra historia. En él continuó más rápidamente la decadencia de la monarquía española. Perdimos en Estados, en reputación militar y en consideración política. El Portugal independiente, la Jamaica conquistada por los ingleses y los países cedidos á la Francia en la paz de los Pirineos, fueron pérdidas hasta ahora irreparables, y en el tratado de los Pirineos se nos quitó el puesto de primera potencia dominante en Europa y pasó á Francia.»

Carlos II, llamado el *Hechizado*, subió al trono de edad de cuatro años, y no fué realmente sino pretexto para el desarrollo de las ambiciones y de las intrigas: fanático visionario, sin voluntad propia y realmente incapaz, llevó la monarquía á su último estado de postración.

La corrupción se enseñoreó de la Corte; la victoria abandonó las armas españolas; las artes se degradaron y empobrecieron, supliendo el sobrecargo de adornos, la belleza, lo que se llamó estilo *churrigueresco*, y hasta el idioma sufrió con la algarabía llamada *gongorismo*.

Vireinatos, gobiernos políticos y empleos militares, todo

se vendía; no se encontraba en la monarquía ni un navío, ni un buen general, ni un sabio, ni un buen político, según afirma D. Fernando de Castro.

Luis XIV, que como hemos dicho, tenía intervención en los negocios de España, acogió con gusto el testamento de Carlos II, que nombraba á Felipe de Anjou, Borbón, como su heredero.

La Austria, la Inglaterra y la Holanda encabezan la *Santa Alianza* contra la Francia y la España, y comienza la *guerra de sucesión*.

La guerra á que nos referimos, de éxito vario, duró once años, terminando con el tratado de Utrech que tenía por principales condiciones, que D. Felipe sería reconocido soberano de España y sus Indias, supuesta la renuncia de la corona de Francia en todo evento: que Cerdeña, Nápoles y Milán se adjudicasen á la casa de Austria, y el reino de Sicilia al duque de Saboya; que Flandes pasaría al dominio de la casa de Austria; y que la Inglaterra conservaría Gibraltar y la Isla de Menorca.

Reconocido Felipe V rey de España, sometió despues de un sitio sangriento á Barcelona, que apareció disidente, y á las islas de Mallorca, Ibirá y Formentera, con lo que quedó pacificada España.

Habiendo enviudado Felipe V, contrajo segundas nupcias con Doña Isabel de Farnesio, heredera de los ducados de Parma y Plasencia, y este enlace elevó cerca de Felipe al célebre Alberoni, quien propuso destruir el tratado de Utrech y hacer pasar la regencia de Francia á Felipe V.

En estas circunstancias, emprende España, unida á la Francia, la conquista de Nápoles.

Durante la guerra de Francia, España y Prusia contra la sucesión de María Teresa al imperio, murió Felipe V.

El reinado de Felipe V, aunque turbulento, revivió el carácter esforzado de la nación: en lo administrativo se introdujeron reformas importantes por el francés Orry; se recobró Oran, se defendió á Ceuta y se sostuvieron las posesiones de América contra todo el poder de los ingleses.

Pero la referencia á este último reinado, es una verdadera divagación: el reinado de la casa de Austria, que es á lo que

nos referimos, fué turbulento, desordenado y corrompido; se vieron en él constantemente oprimidos los pueblos por los contingentes de sangre y de dinero, y en el último estado de prostración la nación entera. Si tal estado guardaba la nación, ¿qué sería de la colonia?

Los indios subsistieron en la más espantosa esclavitud, con el título de encomiendas y doctrinas; aunque se repetían leyes reales, órdenes y disposiciones benéficas, se eludían por intereses que no podían contrastar los reyes: esas leyes no se pusieron jamás en práctica.

Cruelles y arbitrarios los conquistadores, venal é hipócrita el clero y rapaces y turbulentos los representantes del poder civil, se turnaban en la explotación de los pueblos, se aliaban para sacrificarlos á sus choques recíprocos. Contribuían al embrutecimiento de las masas y la exaltación de los robos, las arbitrariedades y desórden de los gobernantes.

En un principio hemos visto esos elementos en toda su deformidad, no obstante que el poder del clero, aún no corrompido del todo, era á veces regenerador y benéfico.

Hemos visto desde luego á Cortés planteando la esclavitud de las encomiendas, sacrificando á Cuauhtemotzin, perdido en las expediciones de Hibueras y combatido por Estrada, Salazar y otros, en medio de escandalosos motines.

Nuño de Guzmán, Matienzo y Delgadillo, representan la crueldad y el robo, y todo es confusión, escándalos y sangre en los días que siguieron á la consumación de la conquista, exceptuando la segunda Audiencia.

Cierto es que D. Antonio de Mendoza, D. Luis de Velasco, D. Gastón de Peralta y D. Martín Enríquez, fueron hombres personalmente pródigos y humanos.

Pero el primero se distrajo con la reducción de los salvajes, los amagos de conspiración, la peste y los disgustos con Cortés y los encomenderos; el segundo contaba con grandes antipatías por haber procurado la libertad de los indios y por la conspiración de los marqueses del Valle, que dió lugar á que se desplegara la furia de tigre del visitador Muñoz, antes de D. Gastón de Peralta.

A Enríquez deben los pueblos el establecimiento odioso de las alcabalas, de la Inquisición y los jesuitas.

Los gobiernos de Moya de Contreras, Manrique de Zúñiga, Gaspar Zúñiga y Juan Mendoza y Luna, pasaron oscuros, sin más de notable que la severidad del primero y la guerra del Draque, y en los otros las diferencias con el clero por cuestiones de jurisdicción.

El obispo Guerra apenas hizo sensible su presencia en el gobierno: Guerra lucha contra los indios tepehuanes, y en tiempo del conde de Gelvez estalla aquel famoso motin, en que se vió insolente y dominadora la ambición clerical.

En tiempo de López Pacheco, tocan nuestras costas los holandeses, y el hambre y las inundaciones afligen su gobierno.

Armendariz, marqués de Cadereita, sucesor de Pacheco, cria la armada de Barlovento, y se hubiera señalado como benéfico este gobierno si no hubiera sido depuesto el virey por su parentesco con el duque de Braganza.

El Sr. Palafox, recto, pródigo y humano, se empeña en la ruidosa cuestión de jesuitas, y entra al gobierno el conde de Salvatierra, á quien sucede el obispo Rueda, quien solo tiene el título de gobernador.

Las sublevaciones de los indios de Durango, son lo notable del tiempo del virey Guzmán; Alburquerque se hace célebre más por el soldado Ledesma que lo quiso asesinar, que por la expedición que dispuso á Jamaica.

El gobierno del Sr. Osorio, obispo de Puebla, duró apenas cuatro meses. El del marqués de Mancera se señala por las dos expediciones que mandó á California.

D. Pedro de Colón se puede decir que apenas atravesó por el vireinato, siendo tambien de poca trascendencia en el mando el Sr. Payo de Rivera, virey y arzobispo, no obstante sus altas virtudes y su celo para combatir contra los abusos.

La sublevación de Nuevo México ocupó preferentemente al marqués de la Laguna, así como la expedición conocida con el nombre de Lorencillo, que indican la miseria y la falta de vigor de todo el vireinato.

El marqués de Monclova favoreció las poblaciones que se establecieron en la frontera, donde queda su nombre, y el conde de Galve, su sucesor, tiene que atacar á los franceses, que someter á Tejas y que luchar con la carestía de granos, productora de profundo descontento.

La primera época del Sr. obispo Montañez se pasa en inquietud, á causa de la escuadra francesa que apareció en acecho de los galeones que debían salir de Veracruz.

El conde de Moctezuma realiza la expedición de los jesuitas á Californias, dispuesta por su antecesor, y parece recibir México el alivio que tuvo la monarquía con la paz de Francia, la Inglaterra y la Holanda.

Como hemos podido notar, es árida y monótona la historia de la época colonial. Desde un principio se nota la misma codicia de los encomenderos, los mismos desórdenes del clero, la propia desorganización en todos los ramos administrativos, y la total impotencia de algunos vireyes y de la Corte para combatir contra los abusos arraigados.

Ninguno de los elementos que producen la felicidad de una nación, recibió desarrollo.

El trabajo estaba encadenado por la ignorancia, el aislamiento y los privilegios de las corporaciones y gremios: la industria era perseguida para que nunca compitiera con la de España; las vías de comunicación no existían ni se cuidó de ellas, sino al establecimiento del consulado, y las ciencias y la instrucción principales motores de la prosperidad de la nación, estaban, como presas en las aulas, enredadas en estudios sin aplicación práctica al desarrollo de los riquísimos elementos de nuestro suelo.

Recorramos ahora la historia de los vireyes que nos envió la casa de Borbon.

LECCION DECIMACUARTA

D. Juan Ortega Montañez (arzobispo), 32º virey segunda vez.—D. Francisco Fernández de la Cueva Enríquez, duque de Alburquerque, 33º virey.—D. Fernando Alencastre Noreña y Silva, Duque de Linares, 34º virey.—D. Baltasar de Zúñiga, Marqués de Valero, 35º virey.—D. Juan Acuña, Marqués de Casa Fuerte 36º virey.

En la segunda vez que gobernó el vireinato el Sr. Ortega y Montañez, se hizo notable por su persecución á los vagos, al extremo, que en Mayo de 1702, habiendo ido á visitar la cár-

cel, entró en la Sala del crimen, y habiéndola encontrado llena de gente que se imponía de los alegatos de los abogados, mandó cerrar las puertas y que quedaran en la cárcel los que tan desocupados estaban.

En tiempo del Sr. Montañez fué la gran pérdida de la flota de Veracruz, valuada en diez y ocho millones de pesos, que no pudo entrar en Cádiz, porque ocupaban aquel puerto los ingleses, y se tuvo que echar á pique.

En Marzo de 1701 se tuvo noticia de la muerte de Carlos II, tan amigo de los indios, tan cuidadoso de su suerte y tan ignorado generalmente en México, y en Noviembre se hizo la jura de Felipe V.

Hizo su entrada pública el nuevo virey duque de Alburquerque en 8 de Diciembre de 1701, y desde luego llamó la atención que los soldados se presentaran en palacio vestidos á la francesa, con sus sombreros de tres picos. El público desde entonces y según sus respectivas clases, adoptó las modas francesas.

Convirtiéndose en negocio de Estado, por aquella época, el casamiento de la rica heredera de D. Jaime Cruzat, pretendida á la vez por el conde de Santiago D. Domingo Sánchez de Tagle, y otros jóvenes de la alta sociedad. Tagle tuvo la preferencia, y verificó su enlace el jueves 14 de Junio, en la misma portería del convento de San Lorenzo, en que el Arzobispo había depositado á la novia. El virey, indignado, en medio de la noche sorprendió á novios, parientes y padrinos, desterró al novio á Panzacola, é impuso fuertes multas á dos de los Tagle. Siguió el pleito con gran regocijo de abogados y gente intrusa; aparecióse como por encanto una mujer que se decía esposa de Tagle; la novia, no habiendo nervios entonces, apeló al tifo, que en aquel tiempo se llamaba tabardillo; y para que el desenlace fuese más trágico para los partidarios de los Tagle, la difunta dejó por sus herederos á su abuela y su hermana mayor.

Entretanto, las necesidades de la Corona eran apremiantes, se le exigió al clero un décimo de sus rentas, lo que dió motivo á muy agrias contestaciones, suspendidas por un donativo que hizo el clero por vía de transacción.

La suspensión en este tiempo de las entradas de efectos por

la nao de China, dió lugar á la fijación de precios de algunos artículos, como los siguientes:

Precio de papel, seis pesos.

Fierro, veinticinco pesos.

En 1709 se celebró, con extraordinaria magnificencia, la dedicación del templo de Nuestra Señora de Guadalupe; y en cuanto á negocios de gobierno, el adelanto de las Californias es digno de elogio.

Observa muy juiciosamente el Sr. Orozco y Berra, que estos primeros vireyes de la casa de Borbón fueron inteligentes, pródigos, celosos por el bien de México, que tuvo en esa época innegables adelantos.

En la instrucción que el nuevo virey duque de Linares dejó para la persecución de los ladrones, se descubre su perspicacia y la rectitud de sus miras, siendo de notar que los dos más temibles malhechores que señala, fueron el campanero de Catedral y el sacristán de los Remedios.

Con los productos del estanco de la nieve construyó la arquería de Chapultepec al Salto del Agua, y hasta la frontera quiso llevar sus beneficios, fundando la colonia de Linares.

La paz celebrada entre Inglaterra y España en 1714, cierto es que afirmó la corona de Borbón, pero renovó el asiento ó *contrata de negros*, tráfico infame que se prestaba á los mayores abusos.

El duque de Linares terminó su gobierno universalmente querido: permaneció en México después de la llegada de su sucesor el marqués de Valero, y falleció en 3 de Junio de 1717.

En los primeros días del gobierno del marqués de Valero, fué nombrado visitador de México D. Francisco Garcerón.

Volvió el virey de la procesión de Corpus, en 16 de Junio de 1718, cuando en medio de su cohorte se precipitó sobre él un hombre, al subir la escalera de Palacio, intentando desenvainarle el espadín: la gente rodeó al reo de tamaño delito, le sujetó y le condujo al cuerpo de guardia; allí se supo que se llamaba Nicolás Camacho, y fué conducido á San Hipólito como demente. La verdad ó la maledicencia hicieron varias versiones sobre este suceso.

La sublevación del Nayarit y un rico presente enviado á la reina por este tiempo, ocuparon la atención, fijándose en Ene-

ro de 1722 en el voraz incendio ocurrido en el teatro, situado entónces en el Hospital Real, á cargo de los Padres de San Hipólito. Notable es que la tarde anterior al incendio se representase "*El incendio de Jerusalem*," y que estuviera anunciada para el mismo día la tragedia "*Aquí fué Troya*."

En vez de aquel teatro, se construyó el que hasta hoy tiene el título de *Teatro Principal*, construido en las casas de D. Juan Villavicencio, concluyéndose en 1753, y estrenándose con la comedia intitulada: "*Mejor está que estaba*."

Al terminar su gobierno el duque de Linares, fundó el convento de Corpus Christi, donde se conserva su corazón, remitido de Madrid.

La Casa de Moneda de México y el elegante edificio de la Aduana, son como monumentos levantados á la memoria del Marqués de Casa Fuerte que los edificó.

Apenas tomó posesión del mando á mediados de Octubre de 1722, mandó visitar los presidios, con el mejor resultado.

Comenzó, en 1728, á publicar su curiosísima *Gaceta* D. Juan Sahagun, bajo los auspicios del Illmo. Sr. Castorena.

Hablóse en la ciudad entonces con asombro, del estreno de la reja de metal del coro de Catedral, construida en China en la ciudad de Macao, y que se tuvo por obra preciosa.

Querido del rey Felipe V y bendecido de los pueblos, murió este virey en 17 de Marzo de 1734, y se le hicieron suntuosos funerales.

En 1724 renunció á la corona Felipe V, y comenzó el reinado de Luis I, todo en el tiempo del marqués de Casa Fuerte, no ocurriendo nada particular durante este último reinado.

LECCION DECIMAQUINTA

37º virey D. Juan Antonio Vizarrón y Eguiarreta, Arzobispo de México.—38º D. Pedro Castro, Marqués de la Conquista.—39º D. Pedro Cebrian y Agustín, Conde de Fuenclara.—Fernando VI.—40º D. Francisco Güemes y Horcasitas, primer Conde de Revillagigedo.—41º D. Agustín Ahumada y Villalón, Marqués de las Amarillas.

En la segunda vez que reinó Felipe V, reasumiendo el gobierno por la muerte de Luis I, fungió como virey el Sr. Vizarrón y Eguiarreta, varon lleno de virtudes, que desplegó

con energía y universal aplauso en los días en que afligió á la ciudad de México la asoladora epidemia del *matlazahuatl* y en que corporaciones y particulares compitieron en nobles y generosos actos de caridad. Quien desee tener detalles sobre esta epidemia, puede leer el «Escudo de armas de México,» de Cabrera, que los menciona con gran prolijidad.

Un indio de la nación Guáima quiso sublevar por aquellos días Sonora, y lo ahorcó el capitán Auza, gobernador de aquel distrito.

La construcción del Palacio arzobispal de Tacubaya y del convento de San Fernando, á que contribuyó el conde de Regla, fueron las últimas obras de este prelado venerable, que falleció en México en 1747.

Nada que sea digno de mención ocurrió en tiempo de Don Pedro Castro, marqués de la Conquista, conocido por los honrosos títulos que conquistó en Italia, ni durante el gobierno de la Audiencia, que por su muerte ocurrida en México en 1742, gobernó unos días bajo la presidencia de Don Pedro Malo y Villavicencio.

A fines de 1742 ocupó el vireinato el conde de Fuenclara, quien reparó el acueducto de Chapultepec y mandó construir la calzada de San Antonio Abad.

En 1744 D. José de Escandón fundó las colonias del Nuevo Santander, en el que es hoy Estado de Tamaulipas.

Al conde de Fuenclara fué á quien se presentó el sabio Boturini, con una bula para coleccionar limosnas para la coronación de la Virgen de Guadalupe, pero sin la autorización real; púsose preso á Boturini, se reclamó á la Audiencia, y hubo grande escándalo. A Boturini se le acogió despues y se le dió el título de cronista, con mil pesos anuales. Publicó en 1746 un libro intitulado «Idea de una nueva historia general de la América Septentrional.»

Reinando Fernando VI, el 9 de Julio de 1746 ocupó el mando el primer conde de Revillagigedo; D. Francisco Güemes y Horcasitas.

Varias providencias de estricta moralidad son lo que distinguieron este gobierno, en que la institución del Condado de Sierra Gorda, un eclipse total ocurrido en México en 1752, el incendio del convento de Santa Clara y el hambre de los